PREMIO

FÉLIX GRANDE

"En aquellos tiempos felices en que éramos tan desdichados", es decir, cuando teníamos más de quince años y menos de veinticinco, Enrique Morente ya cantaba como un maestro.

Creo que lo conseguía porque también escuchaba como un maestro. Ver cómo escucha Enrique Morente es una lección para cualquier artista. Muy poca gente tiene la honda astucia de la humildad y el don de saber enriquecerse mediante el agradecimiento. Vivimos una época siniestra en la que hasta los aprendices de artista se fatigan corriendo tras el éxito o el dinero en vez de serenar su angustia en la búsqueda de la expresión y en la celebración de las raíces morales de su arte: como si se hubieran dejado contaminar por el extravío de algunos políticos y por los aspirantes a ser palmeados en la espalda por las más sólidas aves de presa de las finanzas. Morente no entró jamás en ese laberinto sin salida y siempre supo que el arte y la vida son un aprendizaje y que en ese aprendizaje están excluidos la prisa, la inautenticidad y la codicia. Luego, hace ahora casi cinco años, a una pregunta sobre qué aconsejaría a los jóvenes cantaores, respondería con profética exactitud: "Que tengan más afición y que estudien más. Que no vayan buscando el pelotazo urgente con un disco, sino que tengan paciencia y aprendan". En nuestra época abominablemente impaciente, el magisterio del cantaor flamenco Enrique Morente es un súbito remanso de inteligencia y de honestidad. ¿Donde y cuándo aprendió a saber aprender de manera tan precisa y continuada?. Posiblemente, en la infancia y en la pobreza. Son dos buenas escuelas. "Yo soy del Albaicín, vivía cerca de San José y de San Miguel Bajo, y a mí me influyó todo el barrio: las calles, la plaza de San Nicolás, la plaza Larga, el Camino del Monte, yo iba a ver las cuevas..." (Todos tendríamos que ir de vez en cuando a ver la cuevas. Vemos poco las cuevas. Algunos no van nunca, y cuando se les habla de ellas, huyen: y así van las cosas. Es que no está de moda aprender, aprender suena a cosa vieja).

En los años sesenta Morente aprendía de los viejos. En Madrid escuchaba con reconocimiento, con atención suprema, diría que con bravura, a Bernardo el de los Lobitos, a Manolo de Huelva y, sobre todo, a Pepe el de la Matrona, aquel viejo que había nacido en 1887 y que recordaba, a través de sus propios antepasados, asuntos de la infancia del cante. Cuando Pepe el de la Matrona (sus amigos nos consentíamos lla-

marlo don José) arrancaba delante de nosotros pellizquitos de su memoria, que era casi infinita como la pampa y poblada como un bosque de noche, los jovenes de entonces, escuchando, bajábamos a la cueva de la fascinación. De todos nosotros quién mejor escuchaba a aquella enciclopedia de vida verdadera y de cante flamenco era Enrique Morente. Ver escuchar a Enrique Morente era un regalo y casi nos daba vergüenza: intuíamos que esa manera de escuchar era un forma de no llegar a padecer nunca una moral anestesiada y era una forma de no tener que padecer jamás la mutilación del destino propio, que son las dos grandes fortunas que casi todo el mundo pierde en esta abyecta ruleta de la ambición y del escaparate en la que todo es negro, impar y pasa. Morente no pasaba. Y no era impar, porque siempre escuchaba a alguien (y sus negruras, sus fatigas, las transformaba en gritos a la vez instantáneos e interminables y en donde la ilustre lágrima del flamenco se transformaba en piedad musical que nos untaba su pomada en lo huesos).

Siempre escuchaba a alguien. Comenzó a escuchar los "sonidos negros" de la poesía y pronto comenzó a cantar, con la casi brutal ternura flamenca, poemas de Miguel Hernández, César Vallejo, Manuel Machado, don Antonio Machado, García Lorca, Al'Mutamid, Lope de Vega, Juan del Encina y Juan de Yepes (o San Juan de la Cruz, para los íntimos). Morente, de tanto escuchar (sinónimos: oír, atender, percibir y sentir), logró llegar a sentir y hacer sentir el cante de un modo profundamente exquisito y a la vez avasallador: apoyando los pies en el cimiento del dolor, arañando con las manos en las paredes de la sabiduría y, a la vez, acariciándole el cuello nervioso a la fugitiva invención. Es decir: honrando la osamenta de la tradición con una voz que reune el pasmo de las viejas raíces del flamenco y la angustia creadora que es capaz de agregar melismas inéditos, nuevas maneras de orfandad y de vitalidad. En fin: honrando a todos los viejos maestros haciendo como ellos: añadir un poco de riqueza inesperada a la herencia que sólo crece así, escuchando y creando. Así se fue haciendo famoso (en medio mundo, en más de medio mundo) aquel chiquillo del Albaicín al que acaban de darle el Premio Nacional de Música. Enhorabuena a los miembros de un Jurado de música llamada culta (tan grande a veces, tan llena de sonido negros) por haber sabido escuchar la energía musical y moral de este cantaor flamenco que es Enrique Morente.